

MADRID

Día 3

Corrida extraordinaria ha beneficio de la Cruz Roja.
Toros, o cho, de seis ganaderías por los diestros Pastor, Gallo, Gaona y Gallito.

La plaza está lujosamente engalanada con tapices y giraldas de flores.

En el ruedo se destaca el emblema de la benéfica institución hecha con serria encarnado.

Presiden los reyes.
El primero que rompe plaza es de Miura.

Pastor después de brindar al rey, torea con muchas precauciones, bien ayudado por Gallito.

Sigue cada vez más desconfiado. Cinco pinchaduras, una de ellas en el cuello, que produce la bronca.

Sigue con un pinchazo caído y un aviso.

Un pinchazo en el cuello, al revuelo de un capote, que mata. (Pitos y bronca general).

El rey le hace un regalo.
El quinto es de Contreras.

Pastor muletea aceptablemente; un pinchazo hondo, otro atavesado, sin reunirse en tablas; entrando bien, media contraria que se ahonda y un certero descabello.

En el segundo, que es de Moreno Santamaría, Gallo, después de brindar a la reina, hace una faena de muleta superiorísimo, coreada con (olé y palmas).

En la segunda parte de la faena, si-guen las monerías, intercalando tres pases de rodilla superiores. Un pinchazo bueno, que se aplaude, y nueva faena de feligranas.

Media estocada delantera y un descabello a la primera. (Ovación, y entusiasmo general,) y regalo de la reina.

En el sexto, que es de Medina Garvey, torea muy cerca y confiado Rafael, no permitiendo el toro lucimientos. Un pase de rodillas magno, y encuanto iguala media estocada buena. Nueva faena, en la que hay dos desarries, y media caída; un descabello al segundo golpe. (Palmas).

En el tercero Gaona, da unos lances que se aplauden. Brinda al infante don Fernando y hace una superior faena de muleta, cerca y valiente, y en corto y por derecho enderra el estoque en todo lo alto. (Ovación).

Pocos pases más, y una estocada muy buena, que mata sin puntilla. (El diestro es obsequiado por el infante.)

Gaona y Gallo banderillaron superiormente, sobresaliendo el segundo.

En el séptimo, de Cocha y Sierra, torea muy confiado Gaona haciéndole pesada la faena, porque el animal tarda en igualar. Conseguido esto, hay un pinchazo en hueso, y luego un bjonazo. (Pitos).

El cuarto, que es de Salas, es ayudado por Joselito.

Una vez brindado a la marquesa de Squilloche, derrocha arte y maestría, con pases atupendos de rodillas; la faena es enloquecedora, en la que hay un pinchazo en hueso, entrando bien. (Palmas.)

Repite la faena muy cerca, tocando los pitones. Entrando de nuevo con la mano alta, entierra el estoque en lo alto, atruena con la puntilla al primer golpe. (Ovación.)

La marquesa regala al diestro.

El octavo, de Cocha y Sierra, el niño prodigio le da ocho verónicas canela fina y los pases monumentales.

Joselito en los medios, hace una faena colosal de muleta, con pases de todas marcas, siendo ovacionado.

Iguala el morito y mete tres tercios de espá, terminando con un certero descabello. (Ovación.)

En el primer toro ingresó en la enfermería el banderillero Argillita, con una herida situada en la región gútes, del lado derecho, que le impide continuar la lidia.

M. ALAMEDA.

DEPÓSITO

Peldaños, Adornos de fachadas, y Fregaderos

"LA PRIMITIVA"

FABRICA DE MOSAICOS HIDRÁULICOS

Perfeccionados en diferentes dibujos y

orden de antigüedad, sin preferencia entre los que maten y banderilleen.

Todos los toreros que toman parte en la fiesta lo hacen gratuito y en beneficio de su compañero, justa deuda que hoy p gan á los muchos favores que de él recibieron.

La corrida de despedida del gran «Minuto» será por lo interesante del cartel, un verdadero acontecimiento.

Que así sea, deseando esta redacción que lo sea en metálico, para que acabe sus días tranquilo y con sus recuerdos.

NUESTROS CUENTOS

ENTRE BOARDILLAS

La luna llena y grande, brillaba en el espacio.

Casabel la miró fijamente con sus pupilas relucientes y arqueó con deleite el espaldas; se le había antojado un queso.

Luego se encaminó pausadamente hacia el sitio convenido.

Allí junto á una boardilla, le esperaba los compañeros, los de todas las noches.

Allí estaban, el gatito mimado de Aurora, al que llamaban todos el *Sarasa* por sus delicados ademanes y su ciñitita heliotropo al cuello; el de la agencia de matrimonios de la esquina; el de la casa de huéspedes del principal y el del segundo, negro como un borrón y mimado hasta lo inconmensurable por las niñas.

Cuando llegó Casabel la discusión amanzaba con acabar á mamporros.

—¡Qué porrr! ¡lo que yo digo es verdad! ¡Yo lo he visto!—Decía enfurecido Platón, el gato de la casa de huéspedes.

—¡Tú eres un pollino!—Espetó con sorna el borrón de las niñas.

—¿Tú te crees que yo comulgo con ruedas de molino?

—Como que me voy yo á creer por- que tú lo digas, que D.^a Petronilla, tu señorita...

—¡Toma! pues cosas hay más negras que un sombrero—contestó sin inmutarse Platón.—Tú por ejemplo. Una carajada gatuna y unánime, celebró el chiste.

—Mira borrón. Si quieres pitorrearte véte á tu casa.

—¿No lo dirás con ironía?

—Respondió algo quemadillo el borrón.

—¡Lo digo con lo que me da la gana! ¡Papillerol!

—¡Alchuetel!

—¡Ay Jesús no poneros así, intervinó el de la corbata heliotropo.

—¿Pero quién ha llamado á éste aquí?

—Exclamó con aires de chulo el borrón que ya estaba á punto de arañar.—¡Tú con tu señorita, la niña histérica á curarle los saponicos que le dan y á chinchorrearle lo que hemos estado aquí discutiendo entre otras cosas, de ella.

—No hay derecho señores á que os pongais así.—Esta vez intervenía Casabel con todo el aplomo y rectitud de que era capaz al dirimir estas cuestiones.—No hay derecho repito. Os he dejado discutir creyendo que no llegaréis á tanto. Pero veo con gran pesadumbre que por nada os ponéis á arañaros del mismo modo que lo podrían hacer las señoritas de ese.—Y señaló al borrón.

—¡Que se calle!—Exclamó este molesto.

—Yo,—significó hablando Casabel sin hacer caso—voy á relataros la verdad, eso que vosotros discutiais tanto, y por lo que por poco os sacais los ojos.

Platón dice, que él lo ha visto y lleva razón y Marrasquino, el borrón no lo cree. Bueno, pues yo lo acabo de ver.

—¿Me creéis?

—¡Nol!

—¡Sí!

—¡Chuchol!

—¡Al corra!

—¡Que se las pongan de fuego!

—¿Quién ha sido el mamotreto que ha dicho lo de las banderillas? ¡Que lo diga que lo voy á escaldar!

Y ahora venios todos.

Estupefactos se quedaron los niños al contemplar lo que les mostraba Casabel. Coigado al sereno, apestando á adobo, en la boardilla que correspondía á la casa de huéspedes, de la señorita de Plá ón, recibía los rayos de la luna el cadáver de un gato.

Nadie dijo nada. Sólo Platón regocijado exclamó:

—¡Lo véis como llevaba yo razón! Pero lo peor no es esto, lo peor es que mi ama le tiene echado el ojo á uno de nosotros.

Y no dijo más. No le dió tiempo á decir más.

Todos huían desaporridos mientras Platón reía á carcajadas.

Junto á una chimenea aparecieron Lulú y Fesita, las dos lindas gatas acompañadas del rubio Casabel que también reía.

Elas celebraban con zal merías el ingenio de sus novios. Habían aprovechado la mala fama de las casas de huéspedes, mostrándoles á sus compañeros una liebre.

ROBERTO ACOSTA M. DE LA SANTA.

Ciudad Real, 3-6-914.

Últimas páginas de la historia de un torero

Luangurábase aquel día la temporada. Las nubes desahogaban con gran violencia su furia sobre la tierra, mas antes de ir al apartado, comenzaron á dispersarse, infundiendo ánimo á los pesimistas aficionados y dejando en algunos momentos divisar la luz gentil del sol.

Mis compañeros fueron á llamarme, por lo que me levanté antes que de costumbre, y al salir á la calle una fuerte ráfaga de aire frío azotó mis mejillas cual si quisiera anunciarme un funesto presentimiento.

Nos encaminamos á la plaza á ver el apartado y á examinar el piso, el que estaba imposible, contribuyendo esto á acrecentar el temblor de que me hallaba dominado.

Mientras llegaban los novillos, charlábamos animadamente, y yo que al principio estaba poseído de un gran deseo de verlos, sentí un estremecimiento frío, que corrió por mi cuerpo al anunciarme su llegada; mi sangre se agolpaba sin circular libremente, y al verlos contrariando mi voluntad por la ligereza de la vista sentí miedo.

Mis compañeros se quedaron al apartado y yo marché á mi casa solo, triste, con cara pálida, en la que se reflejaba el gesto sombrío y á la vez humilde del arrepentimiento.

Las gentes me miraban con ansiedad, los amigos me infundían ánimo, y yo les sonreía, pero con esa sonrisa estúpida y débil que flnge el que no es dueño de sí mismo.

Las nubes, mi última esperanza, de la suspensión de la corrida, se rasgaban fácilmente dejando paso á los luminosos rayos de un sol primaveral.

Yo me esforzaba por aparentar indiferencia, tranquilidad ante mis amigos, pero mis nervios no respondían en aquellos momentos á las exigencias de mi voluntad.

Nos separamos; yo comí poco, y luego intenté dormir para distraer la pe-

sadilla que sobre mí tenía, pero en vano, no podía reconciliar el sueño, pues mi mente se extraviaba ante la imagen de los novillos. Después de intentos varios de reconciliar el sueño, salí á la calle presuroso, á ver si podía distraer, por los momentos que quedaban mi imaginación, más el desengaño me acompañó, y pronto hubo de convenirme, que de mi mente no se borraba la malhadada imagen de los novillos.

Por fin llegó la hora de irse á vestir lo que hice con nerviosidad y precipitación.

Hacia una tarde hermosa, tarde que invitaba á la mujer á lucir su belleza, tarde clásica de toros en la que un sol primaveral dejaba caer orgulloso, sus rayos sobre la tierra.

Mientras llegaba el coche, detrás de los cristales, veía tembloroso el gentío inmenso que se encaminaba á la plaza.

Entre ellos iban muchos frastoros, los que sonreían ante la alegría que reinaba en el pueblo, ante esa algazara que hace olvidar penas, nostalgias, quebrantos, ante esa multitud alegre, entusiasmada que miraba continuamente al cielo por si alguna nube importuna quisiera empañar su fiesta tras nostalgia, quebrantos, sinsabores; esto parecían decir los luminosos rayos del sol en aquella tarde de Abril, tarde primaveral. Paso á la alegría, paso á una tarde de toros, paso al olvido de las ideas que torturan nuestro espíritu....

Por fin llegó el coche, en el que se hallaban mis compañeros y una voz montado, partió veloz hacia el circo taurino. En los alrededores de la plaza, había un gentío enorme, el que al sentir el tintineo de las mulillas rodeó el coche....

Una vez en los cuiqueros, reflexioné, medité quizá por primera vez en la vida, cuanto no hubiera yo dado por presenciar la fiesta como cualquier espectador; estaba visiblemente arrepentido.

La plaza estaba llena; ya se oían gritos y silbidos al presidente cuando, éste hizo la señal.

Cruzamos la arena, en medio de entusiasmo y ensordecadora ovación, pues más que palmas, parecían el agitar de alas de millares de ángeles.

Al fin salió el primero, «Madrielleño», chorreado en negro, bien puesto de agujas y enjuto de carne; el miedo que me dominaba se acrecentó al ver su ferreza, hasta el punto de quedarme con los palos en las manos en señal de recuerdo.

Y esta escena se repitió en los toros siguientes, por lo que hice solemne promesa, de acogerme al estudio que abandonara por el torero.

Acabó la corrida, salí rápidamente de la plaza, el gentío que esperaba á las afueras; é ignoraba el resultado de la fiesta, me miraba con ansiedad. Mientras venían mis compañeros, miraba á la plaza, la que me había hecho perder todas mis ilusiones, que tantas veces me alentaron á la lucha por la vida, la que en un momento de efusividad, quizá de locura, me hizo soñar con fantasías, con palmas, con triunfos que hoy la realidad me niega.

Una vez en el coche éste se alejó rápido, y ya á los volví á la vista hacia la plaza, centro de mis perdidas ilusiones, donde aún se oía el rumor desdeñoso de la multitud...

DANIEL MONDEJAR FÚNEZ.

Atuadén, Junio de 1914.

¿A probado V. el kaki? pruébelo, es el mejor refresco carbónico.